

y con un compañero ideal como es Joaquín Zavala Urtecho, el de los trazos estupendos— un escogido número de versos para complacer una solicitud periodística». ³⁴ Y continúa:

Zavala Urtecho se despidió. Pablo Antonio me invita a pasar a lo que él llama su *celda*. Y es un cuarto decorado cubísticamente en que los cuadrados y los triángulos, en una algazara de colores, dan a la vista la contemplación que asombra y gusta. Varias alfombras cruzan el cuarto, donde fallecen los ruidos del tacón; los tapices de las paredes son copias de cuadros franceses, de pastores y fantasías de Watteau; una infinidad de caricaturas del lápiz de Zavala Urtecho parecen con sus gestos reírse de ellas mismas. Ghandi, Sandino, poetas modernos y la plana mayor de la Vanguardia Granadina. Una mesa de estructura indescriptible, dividida en trazos desiguales de pintura caprichosa, soporta un montón de libros; sobre ellos hay retratos y miniaturas, una cama en desorden, una bata de noche a rayas azules y blancas y en frente destacándose, como un héroe, el *muso* de Pablo Antonio. ³⁵

Era éste un muñeco fantástico —pintado por Zavala Urtecho— del cual se conserva una fotografía vigilando a su dueño. Para entonces, Pablo Antonio tenía casi listos sus *Poemas nicaragüenses* (que originalmente, según Prado, quería titular *Campo*) y concluía su novela sobre la resistencia nacionalista del general Augusto C. Sandino. «De mi parte —le agregó al mismo visitante—, he terminado ya la novela sobre el general Sandino... Me he pasado en este trabajo dos años, buscando y rebuscando todo el material necesario para la edición.» ³⁶ Y continúa Pablo:

Alargando el brazo junto a un cartapacio, me dice Pablo Antonio:

—Aquí tienes la novela y las fotografías.

Ante mí, en mis manos, una colección de fotos *kodack* del general Sandino en diferentes aspectos. Aquí él y su mujer. Este otro un grupo de revolucionarios. El que sigue, su Estado Mayor; además, vistas de Nicaragua, como paisajes lacustres, costañas y espesuras de montañas. Todo interesante. Fotografías de difícil logro; pero el empeño del poeta ha sido tan profundo que ha vencido la dificultad. El libro está listo para enviarse a Espasa Editora. ³⁷

He aquí, pues, dos obras claves que el más representativo de los *vanguardistas* había elaborado: el primer libro de poesía *nueva* surgida en Centroamérica, y que publicaría al año siguiente en Chile, aprovechando un viaje; ³⁸ y la primera novela, lamentablemente perdida, sobre la gesta sandinista, terminada a raíz de su triunfo: la expulsión de los *marines*. ³⁹ Esa pérdida definitiva, quizá la hizo posible un hecho que marcó la historia contemporánea de Nicaragua: el asesinato del jefe supremo del *Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua* el 21 de febrero de 1934, el cual tendría una notable significación —como veremos— en la ejecución del proyecto político que el extinto grupo literario había diseñado desde su desarrollo inicial, o sea, entre 1931 y 1933.

³⁴ *Ibíd.*

³⁵ *Ibíd.*

³⁶ *Ibíd.*

³⁷ *Ibíd.*

³⁸ *Poemas nicaragüenses. 1930-1933. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1934, 128 pp.*

³⁹ *Sobre esta obra narrativa su autor recordaría «que debió ser espantosamente mala, pero para cuya honesta preparación escribí cartas hasta el mismo general Sandino, quien nunca me contestó»; véanse sus memorias del Movimiento «Los poetas en la torre» en Torres de Dios. Ensayos sobre poetas. Managua (Ediciones de la Academia Nicaragüense de la Lengua), 1958, p. 188.*

Por lo demás, a finales de ese año se dio el acontecimiento más importante de los *vanguardistas*, protagonizado por su más activo miembro —Pablo Antonio Cuadra— y que, por su repercusión posterior, vale la pena reseñar.

II.2. *El viaje de Pablo Antonio Cuadra a Sudamérica*

En la fecha indicada, Pablo Antonio realizó su primer viaje al extranjero. Iba como secretario de su padre, el doctor Carlos Cuadra Pasos, uno de los delegados nicaragüenses a la Conferencia Panamericana de Montevideo, Uruguay; circunstancia que aprovechó para conocer personalmente a los representantes de los movimientos literarios y políticos de algunos países sudamericanos. Dejó en prensa sus *Poemas nicaragüenses* que editaría, a mediados de 1934, la editorial Nascimento de Santiago de Chile y trajo un buen número de páginas tanto en verso como en prosa.⁴⁰

El itinerario del joven escritor, además de Puntarenas (puerto de Costa Rica en el Pacífico) y Panamá, incluyó Colombia y Ecuador, Perú y Chile, Argentina y Uruguay. En Colombia se presentó ante los poetas Rafael Maya, León de Greiff y Eduardo Carranza; en Ecuador ante Jorge Carrera Andrade y el narrador José de la Quadra. En Perú no encontró a nadie. Y en Chile frecuentó a varios de los poetas *nuevos* más destacados: Juvencio Valle y Ángel Cruchaga Santamaría, entre otros; al escritor Julio Barrenechea, a Carlos Prendez Saldías y al periodista y crítico Domingo Melfi, nacido en Italia y nacionalizado chileno.

Argentina y Uruguay fueron los países donde logró mayores relaciones. En Buenos Aires trató a los poetas Ricardo E. Molinari, Francisco Luis Bernárdez y Leopoldo Marechal; conoció a Federico García Lorca e hizo una visita a Leopoldo Lugones. Sobre cada uno, a su regreso, escribió un artículo.

El correspondiente a Molinari, con quien mantendría correspondencia, informa que éste le obsequió —con las dedicatorias de rigor— sus libros publicados hasta la fecha: *El Pez y la Manzana*, *Historia de la Rosa* y *Una rosa para Stefan George*.⁴¹ Si Pablo Antonio descubrió en el mismo argentino un poeta sincero e inteligente, en el autor de *Los crepúsculos del jardín* encontró «un Lugones nuevo, fervoroso de la nueva poesía», gracias a una crítica de Ernesto Palacio sobre los *Poemas solariegos* aparecida en la revista *Criterio* de Buenos Aires.⁴² «Lugones no tiene cara de poeta —escribiría a los pocos meses—: No es extraño. Ningún poeta tiene cara de poeta. Yo apenas tuve el gusto de platicar con él unos cuantos minutos.» Pero Lugones no le declaró nada sobre su poesía y, ya para despedirse, Pablo Antonio le dijo que los nuevos poetas nicaragüenses hubieran querido de Rubén Darío para su patria lo que en *Poemas solariegos* él había realizado para Argentina. A ello, Lugones le respondió con una frase que nuestro

⁴⁰ En primer lugar, los borradores de Cuaderno del Sur, poemario concluido a su regreso pero que, por parecerle que estaba muy influido por la poesía viajera de la vanguardia francesa, mantuvo inédito durante cuarenta años; luego algunas crónicas literarias y, finalmente, los apuntes de su futuro libro *Hacia la Cruz del Sur* (Manual del navegante hispano). Madrid, *Cultura Española*, 1936, que tuvo una segunda edición en Argentina.

⁴¹ Pablo Antonio Cuadra, «Ricardo Molinari», en *La Reacción*, Granada, núm. 26, 14 de mayo, 1935.

⁴² Pablo Antonio Cuadra, «Leopoldo Lugones», en ídem, núm. 11, 14 de abril, 1934.

joven poeta guardaría «en la alcancía donde se meten todas las buenas frases de la vida: —A ustedes les toca.»⁴³

Asimismo, en Buenos Aires se vinculó al grupo *Renovación* que coincidía con el suyo en doctrinas e ideales. A ese «estado mayor de la intelectualidad juvenil argentina», como la llamaría años después, pertenecían Rafael Jijena Sánchez (folclorista de renombre), Ignacio B. Anzoátegui (poeta y ensayista), Ezcurra Medrano, Héctor Llambías, Máximo Etchecopar y otros. En Montevideo amistó con Fernán Silva Valdés (autor de *Agua del tiempo*), Carlos Sabat Ercasty (quien había influido en Pablo Neruda), Julio J. Casal (ultraísta), Enrique Amorim (novelista), Ildefonso Pereda Valdés, Sara Bollo y la gran poetisa Juana de Ibarbourou, en cuya residencia ofreció una lectura poética.

Su presencia en Buenos Aires la resumiría uno de sus amigos argentinos —Oswaldo Horacio Dondo— con estas palabras: «En 1933 un hombre joven y extraño se presentó a un grupo de católicos. Dijo de dónde venía —Nicaragua— y su nombre: Pablo Antonio Cuadra... Su voz era una voz nacida en 1912, todavía con aire adolescente, pero sus palabras expresaban ya la voluntad de una orientación católica de su inteligencia. Hablaba en tono muy amistoso y muy humilde. Le interesaba la literatura, le interesaba la historia, le interesaba la política. Tenía un libro de versos ya preparado para su publicación. Estaba de paso en Buenos Aires y, sin darse cuenta, demostraba que quería conocer a Buenos Aires como se quiere conocer una casa en la que viven personas muy queridas. Hizo, en poco tiempo, algunas amistades en nuestra ciudad, en una comunicación de iguales esperanzas.»⁴⁴ Y agrega Dondo, detallando las afinidades ideológicas de Pablo Antonio:

Se le puede recordar leyendo un libro —fruto y semilla de Ramiro de Maeztu: *Defensa de la Hispanidad*. Se le puede recordar con algunos nombres en sus escasos diálogos: Garcilaso, Fray Luis de León, Santa Teresa, Menéndez Pelayo, Donoso Cortés, Rubén Darío, Leopoldo Lugones. Se le puede recordar diciendo estas palabras de poeta paciente y de católico paciente: «¡Hacerlo! Poco a poco. Cada cual con lo suyo. Ordeñando pieza por pieza.»⁴⁵

II.3. *Noticia de La Reacción*

Pero esta convicción operativa no se pudo realizar a cabalidad porque en marzo de 1934, cuando se hallaba de nuevo en Granada, Pablo Antonio y sus compañeros ex vanguardistas se preparaban para combatir políticamente, guiados por Coronel Urtecho. ¿Y quién los inspiraba? Nada menos que la ascendente figura del jefe director de la Guardia Nacional de Nicaragua: Anastasio Somoza García.

Primer nicaragüense que, a partir del uno de enero de 1933, tomaba la jefatura de esa institución militar creada y dejada por los interventores norteamericanos, Somoza García había eliminado al general Sandino —y, con él, toda posibilidad revolucionaria de acceso al poder— el ya citado 21 de febrero de 1934. Para entonces, Sandino había

⁴³ *Ibíd.*

⁴⁴ *O(svaldo) H(oracio) D(ondo)*, «Noticia sobre Pablo Antonio Cuadra», en *Hacia la Cruz del Sur* (2.^a ed.). Buenos Aires, Comisión Argentina de Publicaciones e Intercambio (1938), p. 5.

⁴⁵ *Ibíd.*, pp. 5-6.

cumplido trece meses de haber firmado la paz con el presidente liberal —electo a finales de 1932— Juan B. Sacasa, tras el retiro de los *marines* que ocupaban el país desde el 6 de enero de 1926. De manera que los jóvenes granadinos vieron en Somoza García al jefe nacional que requerían, de acuerdo a sus ideas, para establecer un gobierno que abandonase la política partidista y, dejando a un lado los intereses particulares o de clase, estuviese dispuesto a reconstruir la nacionalidad, exaltar los valores espirituales del *alma nacional* y obtener un destino justo y noble. Exactamente, creyeron encontrar en él al *Monk* que podía devolver *el Estado al Estado*, tal como el propio Coronel Urtecho lo había planteado desde 1930:

Ello se consigue entre nosotros con lo que Charles Maurras llama la educación de Monk —aquel general republicano que restituyó a Carlos II el trono de Inglaterra. El Monk de Nicaragua sería el gobernante que devuelva el Estado al Estado, asumiendo la autoridad en sus manos mientras dure su vida y emprendiendo de nuevo la pacificación y población de Nicaragua que fue bandera de la conquista. Con la divulgación franca de las ideas políticas clásicas, Monk puede surgir un día u otro.⁴⁶

Desde esta perspectiva, el combate político de los jóvenes granadinos se concretó fundando un diario en su ciudad el 3 de abril de 1934 que llevaba el nombre de *La Reacción*. Lo dirigía, naturalmente, José Coronel Urtecho apoyado por los redactores Diego Manuel Chamorro, Pablo Antonio Cuadra, Octavio Rocha, Luis Downing, Armando Castillo y sobre todo por el director artístico Joaquín Zavala Urtecho. Éste ilustraba las colaboraciones centrales —de la sección «Ópera bufa»— que tenían, como el diario en general, doble objetivo: burlarse de los políticos que ejercían el poder ejecutivo (el presidente Sacasa y el vice presidente Rodolfo Espinosa) o aspiraban a él (como el liberal Leonardo Argüello y el caudillo conservador Emiliano Chamorro) y abrir campo, favoreciendo su imagen política, a Somoza García.

Así, en el segundo número de *La Reacción*, Coronel Urtecho concibió un «Panteón» en verso dedicado a los personajes referidos a partir del epitafio profético que en 1933 había escrito para el general Sandino:

Aquí yace el soldado montaraz.
La guerra lo hizo. Lo mató la paz.

En realidad, su vena de humor fúnebre —similar al de los ultraístas argentinos— tenía su fuente en la poesía francesa moderna. He aquí su epitafio al presidente Sacasa:

Peregrino: detente
sin miedo unos instantes.
Aquí en su tumba el presidente
manda tanto como antes.

El consagrado al vicepresidente decía:

Aquí yace Espinosa. Lógica suerte,
pues todo lo esperaba de la muerte.

⁴⁶ José Coronel Urtecho, «¿Qué es ser moderno?», en *El Diario Nicaragüense*, Granada, 23 de febrero, 1930.